

La saturación literaria y la fecundidad⁽¹⁾

Santiago de Chile, diciembre de 1924.

VAMOS haciendo este ardoroso camino del arte con los ojos un tanto encandilados. Siempre los llevamos puestos en la ruta de compañeros y maestros, más por cierto afán de emulación y competencia que por un reflexivo espíritu de aprendizaje. Y, sin embargo, tanto como la enseñanza estética y los recursos para triunfar más o menos aprisa debería interesarnos otra lección: la que nos podría dar alguna norma con la cual conservar las venturas de la victoria y asegurarnos una felicidad literaria duradera, sin esas amarguras posadas tan de continuo, como cenizas encaneedoras, sobre las cabezas consagradas.

Porque a menudo vemos cómo los grandes ponen la planta en la gloria y esplenden y subyugan un tiempo, para sentir de pronto, un día inopinado, que pasaron, que se les vuelve la espalda y se les relega cuando no cesaron de producir ni su obra revela siquiera empobrecimiento.

Lo hemos observado todos. No hace falta citar nombres o casos, lo cual excitaría estas amarguras. Todos lo vemos a diario, ¿verdad? Un escozor en nuestra conciencia de justos o un roce de melancolía nos arruga entonces el cristal del alma, y alentamos el impulso justiciero y hasta llegamos a protestar con el artículo reparador.

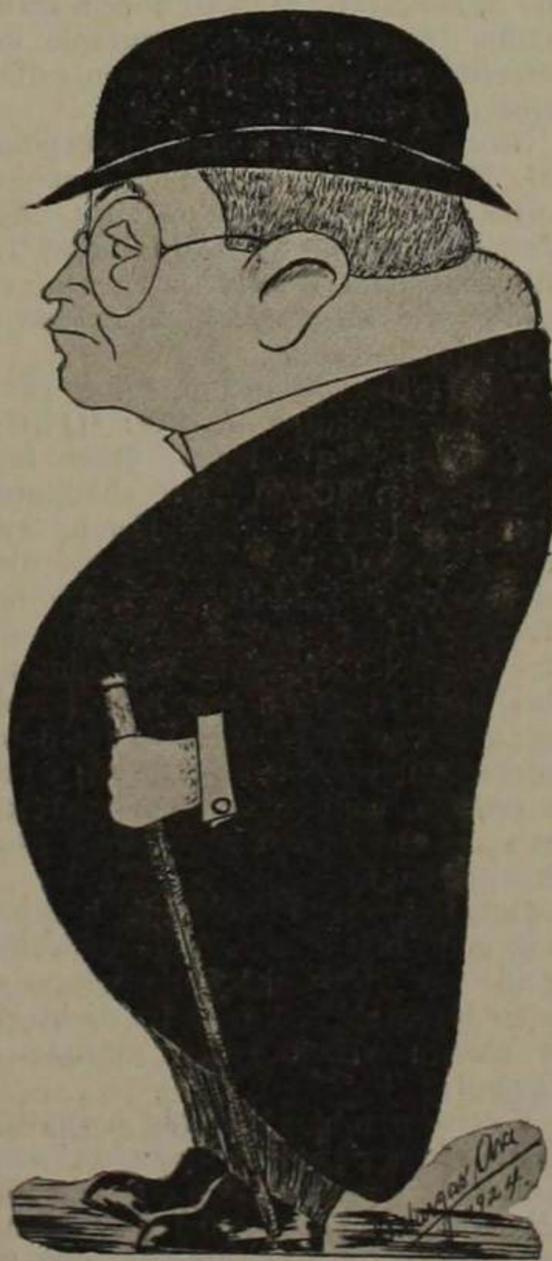
Pero he aquí que muy pronto sufrimos, nosotros también, la ciega inclinación al abandono del ungido. No queremos repasar sus libros ni aun nos atrae su volumen reciente. Como si aceptáramos ya que la consagración traiga tras de sí la indiferencia, dejamos caer nuestro fervor, lo sentimos decaer sin remedio y continuamos nuestro camino en paz y aun, íntima e inconfesablemente, nos anima un algo consolador, una emoción muy cercana al regocijo. No sabemos qué atmósfera de más fácil esperanza ha hecho más libre y despejado el campo a los que todavía «vamos».

Empero, el fenómeno es triste, puede aguardarnos como un turno hostil en el porvenir por el cual luchamos y debe sernos advertencia.

Cualquier día publicamos un libro más, cuando precisamente nos atreolaba más gallardo y engreidor el éxito,

y un crítico dirá la frase terrible: «Con esta obra, que no desmerece de las anteriores, el autor no agrega, sin embargo, nada a su pasada producción». O se quejará, como Ortega y Gasset de Anatole France, porque la prosa del maestro sea siempre «tan cuidada, tan alerta, tan picante»; porque su técnica perfecta permanezca «la misma»; y todavía—¡oh, necesidad de justificarse!— porque no haya conquistado «un sentimiento nuevo», cual si fuera posible al hombre el hallazgo de un nuevo sentimiento, o tan sólo cambiar su punto diferencial en la vida.

Esa hora llega con demasiada frecuencia. Y no valdrá entonces la presentación de un «caso» nuevo al novelista; no valdrá el cambio de tono y de metros, ritmos y rimas al poeta.



Sr. NOTARI,
ex-Ministro de Italia en Costa Rica

(Visto por VARGAS ARCE).

Las renovaciones, a la postre, resultan disfraces, cambios de ánimo y no de individualidad. Se nos dirá, de todas maneras, algo traducible en este concepto rotundo: «Fulano se repite».

Y habrá injusticia en esto; habrá, por lo menos, inconsecuencia: pero en el fondo habrá razón; pues, por mucho que variemos los temas y las formas, siempre repetiremos la personalidad.

El daño, entonces, ¿nos lo hacemos nosotros mismos? Yo creo que sí. Nos lo hacemos nosotros mismos causando una saturación del público sensible, inteligente, asimilador y entusiasta, cabalmente aquel que juzga y propaga.

Aparece un gran artista... Quiero concretarme a los grandes, para reducir el ensayo y porque entre los extremos todo punto intermedio queda comprendido... Aparece, digo, un gran artista y cautiva. Todos se dan a devorar cuanto publica. Su obra nos sacude, nos deslumbra, nos apasiona. La divulgamos asombrados en la charla, en el artículo, en la entrevista, en la conferencia. Empresarios, editores y periódicos se disputan su voz y su palabra fascinadoras. Se citan sus pensamientos; no se puede prescindir de él y se empieza a vivir con la propia sensibilidad realmente modificada por el sentir de aquel temperamento; concluye por formarse a veces en la sociedad todo un ambiente renovado; y «un día entre los días», sin advertirlo, todos nos hemos asimilado, cual más, cual menos, al ser extraordinario. Hemos incorporado a nuestras almas su alma, su lógica a nuestra lógica, los esquemas por donde discurre su pensamiento a la mecánica del nuestro; sus puntos de vista y las actitudes originales de su espíritu frente a las cosas de la vida vienen a sernos habituales, a pertenecernos también. Y ese hombre excepcional parece haber concluido de serlo. Su obra nos ha saturado y en lo futuro no conseguiremos darnos el elemento primordial de seducción: la sorpresa. Cuanto nos pueda contar, lo esperamos, casi lo sabemos de antemano: quién sabe si muchos pasos vistos o vividos nos lo sugirieron ya. Ese hombre, pues, ya no nos interesa mucho, pasó, es viejo.

Nos señalará ese artista en adelante aspectos que quizás no había señalado, explotará temas que nunca explotó. No parecerán nuevos a nadie. Exhibido por esa mano, ningún singular ejemplo, ningún raro matiz reteñirán con energía bastante los espíritus, mucho menos conseguirán encenderlos.

Y él se tiene que sorprender con dolor cuando alguien, con el desgano de una mueca, escriba: «Con esta obra, que no desmerece de las anteriores, el autor no agrega sin embargo nada a su pasada producción». O simplemente

(1) Querido García Monge: vivo tan tiranizado por este luchar con la vida, que apenas cumplo con los buenos amigos como Ud. ¿Me pedía Ud. recortes para ese gran *Repertorio*? Va esto, por si le agrada. Pero va, sobre todo, un estrechísimo abrazo de su compañero BARRIOS.